gustos por amor de Jesucristo! Busquen los pecadores su satisfacción en las cosas sensibles, que yo solo me alegraré en mi Dios, y en Jesús mi Salvador.

24 de Octubre.

MEDITACION

SOBRE LA ASCENCION DE JESUCRISTO.

PUNTO 1º

Considera como sacando el Señor á sus discípulos fuera de la ciudad, los llevó al monte Olivete, y elevando sus manos santísimas les dió su bendición, se elevó de la tierra, se subió á los cielos, mirándole todos hasta que una nube se los ocultó. Atiende á aquella palabra: que elevó las manos y les dió su bendición. No elevó solo una, sino las dos, porque como dice San Basilio, hizo oración primero por ellos. Y así se puede entender que repetiría el Señor aquello que hizo antes en la Cena: ¡Padre Santo! guarda estos discípulos que me diste, cuando yo estaba con ellos, yo los guardaba; más ahora los dejo y vuelvo á tí; y así te ruego por ellos; yo vengo á tí y ellos quedan en el mundo: ruégo-

te Padre piadoso, que me los libres de mal y me los santifiques en la verdad; y no solo te ruego por estos, sino por aquellos que con su predicación creyeren en mí. Hecha la oración los bendijo, y extendiendo sus manos como para que pusiesen los ojos en sus llagas, les quedasen estampadas en sus corazones y memoria, también para darnos á conocer, que cruzando sobre ellos sus brazos, los abrigaba con sus alas como la gallina á sus polluelos, para que, á su sombra, esperasen y confiasen en su Providencia que no los había de desamparar. Iba subiendo poco á poco, dice San Bernardo, porque se deleitaba en ver á sus discípulos y lo inclinaban á mirar abajo sus amigos. Era el amor que tenía á los suyos vehementísimo, y este amor era como una gruesa cadena que lo detenía; y así, cuando venía al mundo el Señor, nos dice el Espíritu Santo, que venía saltando de monte en monte y de collado en collado; y en otro lugar dice que corría y se esforzaba en correr como gigante; esto era cuando venía á vivir entre los hombres; y ahora que se va á vivir entre los ángeles, vá tan poco á poco que parece que lo llevan por fuerza. Así se lo manifestó á San Juan en la visión de aquella Mujer vestida del sol y calzada de la luna, cuyo Hijo, dice fué arrebatado al cielo; lo cual sucedió, dice Ruperto, el día de la Ascención, porque le inclinaba tanto para la tierra el amor de sus discípulos, que le hubo de arrebatar su Padre Eterno y apartarlo de ellos como con violencia. ¡Oh amor abrasado y encendido de nuestro Dios! ¡Oh tibieza y frialdad terrible de nuestros corazones! Cargáronlo de oprobios, afrentas y azotes, y crucificáronlo entre dos ladrones; y con todo no hay quien le pueda arrancar de entre los hombres. Y si esto pasa por Jerusalén, entre aquellos répobros y y obstinados judíos ¿qué pasará con las almas que le aman y le sirven? ¿Quién podrá ponderar el amor con que les asiste? Por eso dijo que sus delicias eran estar con los hijos de los hombres. Esto pasa en aquel amoroso corazón; más, en los corazones humanos pasa muy al contrario: por nada le dejaremos; cualquiera gusto, aunque solo tenga la apariencia

cia de gusto, cualquiera entretenimiento nos aparta de él.

PUNTO 2º

Considera en aquel triunfal aparato y majestad gloriosa con que sube el Señor, de la que hablando en profecía el Salmista, dice: que subió en un carro ó carroza, asistido de millares de millares de ángeles, y los cautivos que sacó de la cautividad del mundo, los cuales dispuestos y ordenados por coros, cantaban dulcísimas alabanzas al Señor, con grande júbilo y alegría inefable de todos. Iba delante de todos estos escuadrones el Señor, y así que se acercó á los alcázares celestiales no quedó espíritu bienaventurado alguno en la gloria que no bajase á recibirle. Venían todos por sus órdenes, y postrados ante el Señor, con suma reverencia le adoraron, y luego juntos los que iban con los que venían se ordenaron en dos coros, y fué prosiguiendo la más solemne procesión que jamás vió la corte militante ni triunfante. Allí los serafines y querubines, los tronos,

principados y potestades del cielo, todos hacen fiesta, todos cantan gloriosas alabanzas al Señor. ¡Oh qué suavísimos ecos! ¡Oh qué dulcísimas canciones suenan por todos esos orbes celestiales! Pondera y considera la alegría, el contento y amor con que el Padre recibió á su Hijo, y como le ensalza y engrandece, mandando que toda la corte celestial celebre las gloriosas victorias de su Hijo: siéntale á su derecha en su mismo trono sublimado y engrandecido con infinitas ventajas á todas las criaturas: dale luego la corona imperial, el cetro y el gobierno universal sobre todo lo criado: manda que todos los cortesanos, por sus órdenes y jerarquías, postrados á sus plantas le rindan la obediencia. Mira aquí, cristiano la naturaleza que honrada. Mira la tierra sobre todos los cielos, al hombre sobre todos los serafines y tu misma naturaleza sobre todos los ángeles y soberanas jerarquías. Aprende por aquí á despreciar estas bajezas: aprecia tu dignidad, reconócete miembro de aquella cabeza y no quieras degenerar de lo que eres, suje-

tándote á tantas vilezas: ama aquella deidad y bondad infinita que así te ha levantado y engrandecido. Mira por último el gloriosísimo cuerpo de tu Redentor encumbrado en aquel trono. Mira aquella hermosura que alegra á los ángeles: aquella fragancia y suavísimo olor que despide, y de él llena á todo el Empíreo, y á todos los ángeles y bienaventurados de dulzura y suavidad infinita: aquella claridad, aquel resplandor y luz de gloria de que está vestido, tan grande y excesiva que tiene absortos á todos los moradores de la celestial Jerusalén, los cuales viéndola y gozándola la desean ver y gozar por toda la eternidad. Baja ahora con la consideración á la Jerusalén terrestre y míralo en casa de Anás, Caifás, Herodes y Pilato, y habiéndolo acompañado hasta el Calvario, vuelve á subir arriba y atiende la forma en que le ves abajo, y la gloria en que le ves arriba, y allí conocerás lo que es este mundo, y lo que es aquel; cual trataron aquí al Señor, y de la forma que lo tratan allá: y pensando en esto aborrecerás todo aquello que debes aborrecer, y solicitarás solamente lo que debes solicitar, que es el amor á las cosas altas y celestiales que siempre permanecen, y un total aborrecimiento á todo lo mundano y perecedero.